

ASILO DE HUERFANOS

me coronen ni me tomen como motivo de pasatiempo.

Que se acuerden del hambre y de las necesidades humanas, y no se preocupen por mí en manera alguna.

Ojalá volviéramos á nuestras relaciones con los muertos la sencillez y austeridad que bajo el frívolo pretexto de una civilización indigesta y repugnante les estamos arrebatando! . . .

¡Hagamos de la vida un jaleo, que ella no es otra cosa: pero dejemos á la muerte su majestad de santuario, que detrás del último de nuestros pensamientos hay sombras que aterran, enigmas que maravillan.

Y las sombras y los enigmas no son para envanecer, sino para meditar; no son para reír sino para llorar.

¡Juguémos con la vida.

Meditémos con la muerte.

El ruido es la atmósfera de la primera.

El silencio debe serlo de la segunda.

DAVID.

LIBROS VENEZOLANOS

PÁGINAS LITERARIAS por Eduardo Calcaño, *Tipografía El Cojo, Caracas, 1891.*

El libro consta de 217 páginas: fantasías literarias, artículos críticos, diez cartas sobre asuntos diversos, necrologías y cuatro composiciones en verso.

A juzgar por las fechas de algunas producciones, estas páginas nos ofrecen muestras de la vida literaria del autor durante veinte años, 1870 á 1890; detalle que no carece de importancia para apreciar el estilo.

El estilo del señor Calcaño es siempre el mismo: en veinte años no ha cambiado ni el corte de sus frases, ni el género de sus metáforas, ni aún su vocabulario predilecto, cosa extraña á primera vista, pero que depende directamente del carácter y criterio del autor. Del espíritu esencialmente conservador del señor Calcaño viene el romanticismo conservador de su estilo. Unas cuantas citas van á demostrarlo.

“En su rostro, lineamientos de perfidia, mirada de asechanza y *soureira* malévolá que hiere como puñal, p. 1 . . . La esperanza le dijo en secreto no sé qué palabras misteriosas, que así parecían murmurios de la brisa como *reflejos de la aurora*, p. 6 . . . Sólo *detrás* de una lágrima se vé á Dios, p. 7 . . . Se lamentan las flores de que has palidecido sus matices con tu rostro y *deslustrado la honra de sus aromas con tu aliento*, p. 13 . . . Que no es la música *el arte divino*, sólo porque halla su principio en el seno misterioso de la naturaleza y *la cantan las esferas en simétrico ritmo llenando con armonía universal los espacios infinitos*, p. 121 . . .”

¿Que basta de citas? Nó; hé aquí otra, demasiado larga quizá, pero absolutamente típica. En el artículo sobre Eloy Escobar el señor Calcaño nos revela su teoría sobre el lenguaje poético . . . “Un mismo objeto se designa con diversas palabras según el lenguaje que sea oportuno usar: *bridón, corcel, trolón*, son voces del lenguaje poéti-

co, tanto como *cuadriga, himeneo, auriga, célico*, etc., que se substituyen en el habla común con *caballo, carro, matrimonio, cochero*, so pena de incurrir en la más desesperante ridiculez, como *carcería de elevación y nobleza artística* el poeta que algunas de aquellas voces cambiara por éstas.—A la manera que el pintor de lienzos no deslíe en su paleta el almagre sino el carmín, ni el azulillo sino el cobalto, no le es dado al poeta dibujar sus imágenes y expresar sus sentimientos con voces y fraseología estropeadas por el uso vulgar, sino con aquellas que conserven elevación y nobleza que las haga dignas de ser elementos del arte.—No las hay á veces en la lengua con tales condiciones para expresar ciertas ideas; pero entonces, antes que *deslucir su obra* con voces inconvenientes ó al menos desagradables, tiene el poeta el fecundo recurso de la perífrasis, por cuyo medio crea de ordinario tales bellezas, que redunda en beneficio suyo la deficiencia del idioma.—*No pudo Bello decir cacao*; y cambió la *deslucida* palabra por esta belleza:

Tú en urnas de coral cuajas "la almendra
"Que en la espumante jicara rebosa"

"No le pareció bien escribir *cochinilla*, voz de tan desgraciado parentesco, y nos encantó diciendo:

Bulle carmín viviente en tus nupales
Que afronta fuera al murice de Tiro."

No viene al caso criticar á Bello; que en su tiempo pagó tributo á la moda más que ridícula de cambiar la belleza natural del lenguaje por perífrasis que no son siquiera suficientemente expresivas; pero ¿qué decir de un escritor artista que en 1889 sostiene tan paladinamente la trasnochadísima teoría de comienzos del siglo? ¿Que es un conservador intransigente? No bastaría. ¿Qué...? Prefiero que lo diga Menéndez Pelayo, el cual, discutiendo sobre la literatura francesa en la época de Napoleón I, escribe: (*Historia de las ideas estéticas en España*, t. V. p. 119 y 120): "No hubo período en que el falso gusto oficial y solemne, la falsa nobleza del estilo, el hábito de la perífrasis, la convención académica, las heces del pseudo clasicismo, llegaran á tan risible extremo. Eran tiempos en que se huía con empeño de llamar las cosas por su nombre, sobre todo si eran plantas ó animales: tiempos en que un poeta se inmortalizaba llamando al capón "frío celibatario, inhábil para el placer, ajeno á la felicidad de ser esposo, mártir infortunado del lujo de la me-

sa," mientras un traductor de Homero, para no pronunciar las voces *puerco* ni *asno*, decía del primero: "ese grueso epicúreo, que engorda á fuerza de bellotas"; y del segundo, "ese animal á quien tanto ultrajan nuestros desdenes." A la vaca se la llamaba *indigna rival de Parsifae*; y á la gallina, *la esposa del cantor del día*." . . . ¿Ahora sí que basta, verdad? . . . Pero

tuviera que hablar del asno, diría como el poeta Rosset:

Que ce nom méprisé dégraderait mes vers!

Yo sólo quiero agregar que los primeros párrafos de ese mismo artículo sobre Escobar son bellísimos; que el bosquejo físico y moral del poeta está trazado de mano maestra, y que quizá Calcaño no ha escrito nunca nada más tierno en un estilo más artístico . . .

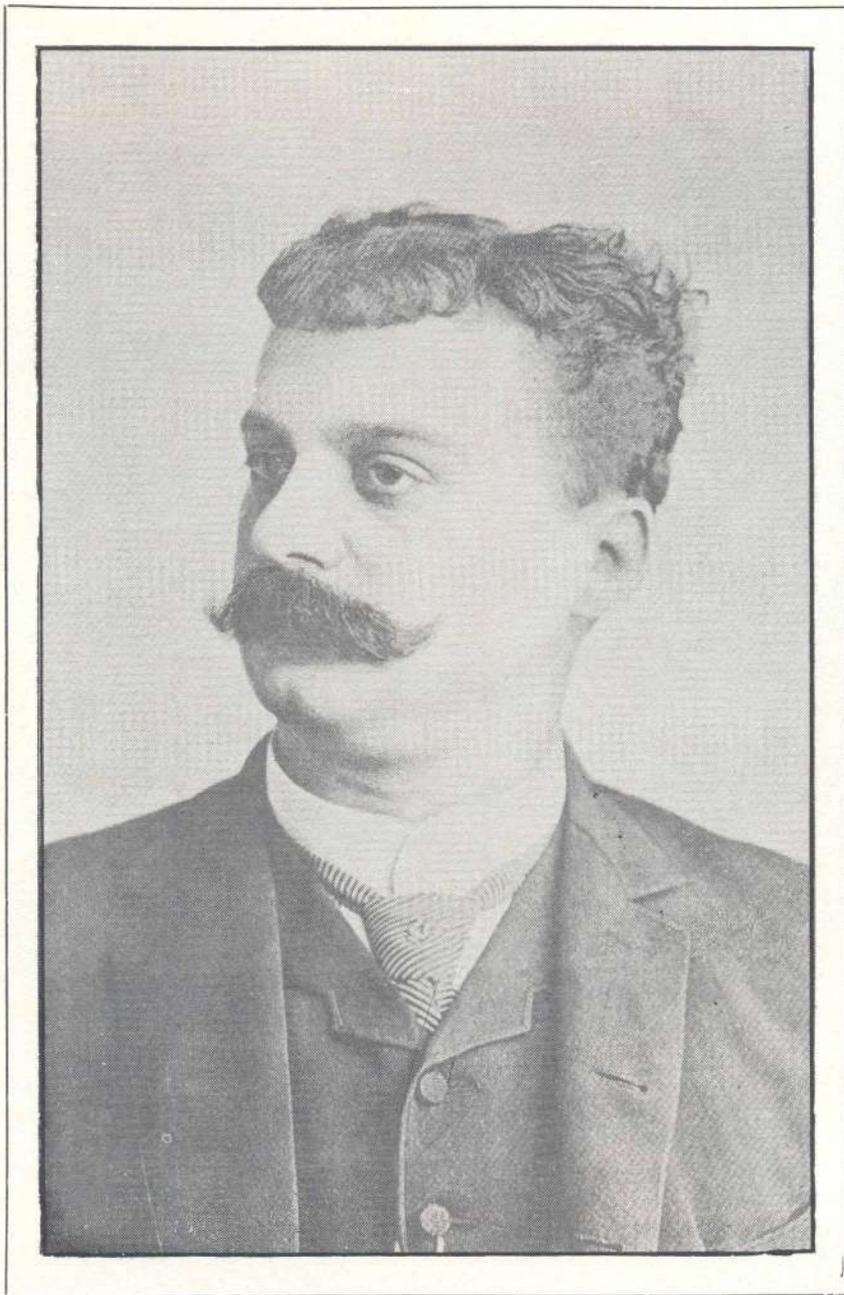
En cuanto á la música (téngase en cuenta que el señor Calcaño es también músico) el autor no es menos conservador. Hé aquí la prueba, p. 163: "La música se ha convertido en matemáticas: sus períodos se modelan por las ecuaciones, y á fuerza de cobres y de percusión, de cálculo perseverante y laboriosidad sin ejemplo para crear selvas de sonidos entretrojidos con interminable bejuco de disonancias, se dá hoy á la luz con todas las formas del estertor, sin saber acaso que así es la más fiel reproducción del enmarañado criterio de la época, de la anarquía de las inteligencias, de la sequedad del corazón, del descuadernamiento de las costumbres y de las ideas."

De manera que eso y nada más son, así el *Lohengrin* como el *Tannhauser*, lo mismo *Sigurd* que *Salammbô*, así *Manon* que *Esclarmonde*, lo mismo *Le Rêve* que *Tamara*, ó la *Cavallería rusticana* y el *Amico Fritz*! Insistir sería superfluo... y hasta cruel.

Insistamos más bien sobre la manera con que el autor se complace en pintar la suerte de los artistas y literatos de su Patria. En 1872 escribía á Ramón de la Plaza: "La tendencia de los espíritus á la región del pensamiento y del ideal está proscrita como desviación estrafalaria de las fuerzas individuales, etc." Y en 1889 escri-

bía refiriéndose á Eloy Escobar: "Tristes días viven hoy en la patria las artes y las letras. Hubiera caído con el insulto procaz en los labios; hubiera deslustrado bastantes honras; hubiérase vengado de la ajena fama, cargado de odio y de la tristeza del infierno,—y sería celebrado en su fortaleza, aplaudido en su valor, ofrecido á la patria como una esperanza, y levantado al fin en hombros, á la hora de su postrimería, con todos los honores de la gloria."

Ya eso no es literatura, sino inexactitud é injusticia. Tenemos, pues, que en Venezuela no ha habido cambio alguno del 72 al



FERNANDO MICHELENA

¿que dirá el gran crítico, el más grande sin duda de los que hoy escriben en castellano, cuando lea las *Páginas Literarias* de su colega venezolano? No diga (se lo ruego y exijo en nombre de la justicia) que en 1889 los escritores venezolanos no eran aún capaces de cometer ni siquiera los tímidos atrevimientos del abate Delille. Diga cuando más que el señor Calcaño, no se habría atrevido á escribir este verso de Víctor Hugo:

Je nommai le cochon par son nom: pour quoi pas?

Diga á lo sumo que si el señor Calcaño

89! y que los literatos continúan viviendo como míseros parias! Pero si entre nosotros lo que ha sucedido y sucede es precisamente lo contrario. A los hombres de letras no sólo se les estima, respeta y aplaude, sino que hasta las simples circunstancias de escribir y hablar bien son consideradas á menudo como motivos suficientes para ser proclamado grande hombre y aún genio. Qué más quieren los literatos? Que los inmortalicen en vida? Los inmortalizan en los certámenes y en las Academias. Que les levanten estatuas? Eso se queda para los hombres políticos. Que la literatura los haga vivir holgadamente? Si tal no sucede la cul-

ño no ha sido nunca especialista, que yo sepa, en ninguna ciencia práctica ni en ninguna carrera de las que exigen preparación técnica. (Es abogado, pero nunca tomó por lo serio su profesión). Y sin embargo, ha sido catedrático de la Universidad, ministro de Estado, miembro del Parlamento, ministro diplomático, etc., etc., y todo eso se lo debe á su talento de orador y escritor, á su talento de artista. Todo el mundo aplaudía sus discursos, aún en aquellos tristes tiempos en que él celebraba en Congresos y plazas públicas las obras de la dictadura. Durante veinte años su nombre ha vivido entre resplandores. Hoy, que ya se ha retirado de

era cosa secundaria: lo esencial de la lección eran las anécdotas ingeniosamente referidas, los cuentos picarescos en que la agudeza de Boccaccio aparecía velada por una especie de unción mística y los comentarios morales sobre las leyes del estado civil. Oyéndole, los estudiantes no aprendíamos gran cosa; pero todos lo adorábamos como catedrático y andábamos de duelo los días en que no había clase. Una vez se dijo que iba á renunciar la cátedra, y todos fuimos á su casa á rogarle que cambiase de idea y no nos privase de sus divertidísimas lecciones. Digan mis condiscípulos si no es cierto lo que acabo de escribir . . .



CARACAS—CALLE SUR 4—ESQUINA DEL PADRE SIERRA

pa no es toda de sus compatriotas. El que pretenda vivir de las letras debe imponerse al público por la calidad y oportunidad de sus obras. Desde el momento en que le ofrecen obras interesantes el público las busca y paga á peso de oro. No dirán que mintió el autor de los *Perfiles Venezolanos* ni el autor de *Venezuela Heroica*. . . Los únicos que podrían quejarse entre nosotros son los sabios, los especialistas en aquellas ciencias que no tienen hoy inmediata aplicación práctica; y aún éstos mismos serían injustos si se quejasen de no ganar fortunas con sus investigaciones teóricas, porque de antemano sabían que ciertos estudios no son productivos sino en ciertos medios sociales.

Y por último, (la verdad y el patriotismo me obligan á decirlo), si alguno no puede quejarse de la suerte es el señor Calcaño, á quien la patria ha cubierto de honores como literato y como orador. El señor Calca-

ño no ha sido nunca especialista, que yo sepa, en ninguna ciencia práctica ni en ninguna carrera de las que exigen preparación técnica. (Es abogado, pero nunca tomó por lo serio su profesión). Y sin embargo, ha sido catedrático de la Universidad, ministro de Estado, miembro del Parlamento, ministro diplomático, etc., etc., y todo eso se lo debe á su talento de orador y escritor, á su talento de artista. Todo el mundo aplaudía sus discursos, aún en aquellos tristes tiempos en que él celebraba en Congresos y plazas públicas las obras de la dictadura. Durante veinte años su nombre ha vivido entre resplandores. Hoy, que ya se ha retirado de

las luchas políticas, todos le admiran y respetan. No debe ser muy tibio el amor que los venezolanos profesamos á los hombres de letras cuando ese amor nos permite pasar por encima de sus faltas para no ver más que sus talentos. El señor Calcaño se lo debe todo á sus cualidades de artista, ó mejor, á sus cualidades de orador artista. El señor Calcaño nació orador. No hay uno sólo de sus escritos que no revele su dón oratorio. Ora hable de política ó de literatura, ora de música ó de moral, su propósito principal es cautivar al lector ó al oyente. El sabe que el timbre de su voz, la elegancia de su porte, la cultura de sus ademanes y hasta la misma vaguedad romántica de su lenguaje son prendas seguras del éxito inmediato, y las pone siempre en juego. Yo asistí de niño á su curso de derecho romano en la Universidad Central. La instituta de Justiniano

En Venezuela hay poquísimos escritores tan populares como el señor Calcaño. Su estilo es muestra característica del estilo predominante en los discursos de distribución de premios en los Colegios de niños y en los artículos de días de fiesta nacional. Léase un *Grano de incienso*, escrito con motivo del centenario de Bolívar, y la carta á D. Victor Balaguer sobre la *nueva literatura*. Del 72 ó 73 hasta hace poco nuestros periódicos estaban llenos de esa declamación pomposa, de esos juicios absolutistas en que cada guerrero aparece como un héroe y cada escritor simpático como un genio, de esa sucesión indefinida de imágenes relampagueantes é hipérbolones indefinidas ó infinitas. De suerte que la obra del señor Calcaño resulta absolutamente armónica con el medio en que fue escrita.

Pero ¿fue el señor Calcaño quien determinó con su influencia personal el predomi-

nio de ese género literario, ó bien fué el medio externo quien se lo impuso á él? Interesante cuestión, mitad literaria y mitad sociológica, que todavía no ha sido estudiada por nadie, y que merece, sin embargo, tanta mayor atención cuanto que ya aquel género tiende á desaparecer de entre los escritores jóvenes. Otro día me permitirán mis lectores examinarla detenidamente.

Hoy sólo me queda tiempo para agregar que de lo dicho no debe deducirse ningún juicio favorable ni desfavorable sobre el mérito literario de las *Páginas* del señor Calcaño. El objeto de estas crónicas no es pon-

LÓS COHETES

ARTÍCULO DE COSTUMBRES

Pocas cosas tienen á mi ver la importancia de esta tontería.

Suprimid los cohetes si queréis saber la falta que hacen.

Una fiesta religiosa sin cohetes no tendría solemnidad á los ojos del vulgo, y para estos casos, todo el mundo es vulgo.

Si faltaran en una fiesta popular, faltaría el entusiasmo.

Los cohetes son el hurra de la multitud elevado á los cielos.

pólvora y una verada. No hay nada escrito en él, sin embargo contiene una gran lección.

En ningún libro de moral, puede aprenderse mejor, que "el que sube muy alto, gran caída dá."

La caída de un cohete, corresponde línea por línea á su elevación.

Pero no todos los cohetes caen de un mismo modo.

La mayor parte caen sobre los techos ó en lugares ignorados, y allí concluyen su papel bajo los rigores de la intemperie.

Algunos pocos descienden perpendicu-



CARACAS—CALLE SUR 2—ESQUINA DE SAN FRANCISCO

tificar ni establecer comparaciones arbitrarias. El libro del señor Calcaño será muy leído por sus numerosos admiradores y, así por las bellezas que lo adornan como por su carácter de libro sugestivo en grado sumo, será consultado con provecho por cuantos se propongan estudiar uno de los aspectos de las letras patrias durante los últimos veinte años y fojeado cariñosamente por cuantos quieran darse un baño de ideal leyendo el delicioso *idilio á Elisa*, las elocuentísimas palabras *al fonógrafo* y los artículos titulados *Horas amargas* y *Fecha sombría*, tan tiernamente melancólicos.

Liverpool : febrero de 1892.

JOSÉ GIL FORTOUL.

Puede decirse que son máquinas de hacer entusiasmo.

Por eso los gobiernos, que siempre saben lo que les conviene, si bien suelen no saber lo que conviene á los pueblos, tienen esta máquina en ejercicio desde tiempo inmemorial.

Es una partida que nunca falta en los gastos públicos, en la sección de *imprevistos*.

Sin embargo, apenas hay gasto más previsto.

Lo que han gastado en cohetes nuestros gobiernos en cuarenta años, bastaría para salvar la agricultura, que vale tanto como decir—para resucitar á Lázaro.

**

Un cohete no es más que un cartucho de

larmente, y van á dar al mismo punto de donde partieron. Allí una turba de muchachos disputan la verada.

Si hemos de filosofar sobre esto, dirémos.

—Hay hombres-cohetes que sólo brillan un momento y luego caen condenados á podrirse en el olvido público.

Y hombres-cohetes que descienden entre la algazara de la multitud, que los recoge, para elevarlos más tarde con alguna modificación.

Un cohete grande puede recortarse, y en más pequeña escala, volver al aire.

También puede ser empinado, y con mayor fuerza, elevarse á mayor altura, que la primera vez.

Tiene otra manera de subir el cohete caído.